

tes, como la divina,—toda majestuosa serenidad—, y la humana,—llena de ansiedad y fervor—, se convierte en atinada unidad fusionante por obra y gracia del genio artístico del Greco. El pintor cretense era asaz aficionado a esta clase de problemas técnicos—dualidad de escenas dentro de la unidad del cuadro—que algunos artistas acometían también pero más de tarde en tarde, y es de notar que la temática predominante en tal clase de obras, cosa digna de estudio, se refiere a la Virgen. Así en los dos lienzos sobre «La Anunciación» (el que se guarda en Villanueva y Geltrú, y en el que posee el Marqués de Urquijo), en «La Virgen con Santa Inés y Marta», en «La Asunción de la Virgen» (del Instituto de Arte de Chicago), y este que comentamos de «La Coronación», superior a todos los citados en cuanto a composición y armonía, si bien hemos de reconocer que la culminación esplendente y maravillosa de tal procedimiento cuajó definitivamente en «El entierro de Conde Orgaz».

Los otros dos cuadritos representan, uno, a San Pedro, y otro, a San Andrés, y reflejan también el estilo característico del atormentado y alucinante pintor. Los rostros de ambos constituyen verdaderas maravillas de penetración psicológica, y nosotros preferimos, para nuestro gusto, a la ahilada expresión de la resignada cara de San Andrés, el rostro de San Pedro, fuerte y recio dentro de la suave espiritualidad que efunde. No faltan en los dos cuadritos los símbolos de ambos santos: la llave del cielo, pendiente de la mano izquierda de San Pedro, y el aspa suplicatoria, a la que se abraza San Andrés.

Pero entremos en lo que constituye objeto primordial de estas líneas que no es otro que el de dar un sonoro aldabonazo a quien proceda, llevado de nuestro cariño a las cosas extremeñas y de nuestra admiración por las bellas artes, para que su dormida diligencia se despierte y movilice rápidamente, y las tres joyas pictóricas que atesora Talavera la Vieja puedan salvarse del irreparable deterioro que las amenaza si a tiempo no se ataja la marcha que lleva el desconchado de las pinturas que, de más a menos, afecta al «San Pedro», al «San Andrés» y a «La Coronación». Si no se remedia urgentemente el abandono en que se encuentran, nuestra incuria sería responsable de un delito de lesa cultura.

Sugerimos nosotros dos soluciones: adquisición de los cuadros por el Estado, que sería lo ideal, o, en defecto de ello, que se ofrezcan en depósito al propio Estado que se encargaría de su conservación, exponiéndolos a la admiración del público en nuestro Museo Provincial en uno y otro caso.

La belleza que objetivamente encierran dichos cuadros, por una parte, y la importancia que tienen al constituir un eslabón que enlaza el vacío que se dejaba sentir en la sucesión cronológica de las obras del Greco, por otra, bien merecen remover el ánimo de las Autoridades eclesiásticas, a las que corresponde la propiedad de los mismos, y de las civiles a las que incumbe la misión transcendental de velar por la conservación de nuestro patrimonio artístico.

La voz de alarma está dada, y también la modesta aportación de las dos soluciones más eficaces que se nos han ocurrido.

Confiamos en que la llamada no caerá en el vacío y que se encontrará remedio al mal.

## CARTELES MURALES

El reciente concurso de carteles anunciadores de la futura feria cacereña se presta a sabrosas reflexiones de toda índole y no sólo puramente artística. Y quisiera yo exponer algunas a los lectores de ALCÁNTARA, puesto que cada año se realiza el consabido concurso de carteles, con idénticos premios, iguales artistas y resultados parecidos. Qué más, ¡si incluso la exposición de las obras presentadas se hace de la manera más expeditiva y familiar que pueda pensarse! Se colocan los bastidores sobre el santo suelo, apoyados en la pared del Salón de Sesiones y... ¡ya está! Como se vé, está demasiado a la pata llana.

Comencemos por el tema. ¿Se presta una feria como la nuestra a realizar una obra de arte para que ésta anuncie a aquella? Creo, sin que nadie pueda tacharme de nada malo, que no. Una feria como la de Cáceres tendrá toda la importancia que se quiera en plan de exponente de una ganadería o de una economía o de unas ganas tremendas de divertirse; pero, en cuanto a sujeto de una obra de arte, ello es cosa harto diferente. Bien pudiera suceder que un artista hábil, de talento, hiciera un cartel que fuese, con mucho, superior en importancia y en valores artísticos a la feria entera, incluídos todos los otros múltiples valores de la misma. ¿Qué se adelantaba con ello? Puesta la mano en el corazón os lo diré: el sol implacable, los más implacables chiquillos y dueños de las esquinas donde se pegan los carteles, la cruel indiferencia y la no menos cruel necesidad de dejar libre el espacio ocupado, arrojarán de sus muros al anuncio artístico tan laboriosamente pensado y con tanto aparato elegido entre otra docena de obras análogas. Pudiera ser que el artista conserve el original, si le cogió cariño; pero ¿quién se acuerda hoy de los carteles premiados otros años?

Luego, como las flores, los carteles de feria tienen vida rápida y efímera. Algún tabernero filósofo y algún erudito coleccionista pueden, quizás, retrasar la muerte violenta de un cartel de ferias. Pero decidme, amigos queridos: ¿Cuántas obras de arte de esta clase habeis visto conservadas en los Museos? Y eso que se vé cada cosa en estos centros culturales que ¡yá, yá! ¡Hasta ladrillos y trozos de tejas y cacharros de barro! Pero, carteles anunciadores de feria ¡ni por asomo!

Prescindamos, sin embargo, de toda la desoladora perspectiva anterior. El cartel premiado se ha repartido por España y, de igual manera que en Cáceres, luce sus colores y canta su anuncio en las tablas de las Casas Consistoriales de todas las Capitales de provincia. Supongo yo que su eficacia debe ser análoga a la de los fijados en el soportal de nuestro Ayuntamiento. La gente que vá al Mercado, preocupada por el imperativo categórico de la subsistencia; los pobres que han de subir las gradas y escalera de la casa, para pedir algo, aunque solo sea una moratoria; los empleados y Guardias municipales, incluso los miembros del Concejo ¿se paran todos los días a leer los carteles anunciadores? Si yo os dijera que los mismos artistas concursantes—y éstos son los que se fijan más en estas cosas—solo tienen chistes irónicos, o críticas acerbas, para los carteles que nos mandan otras poblaciones, ¿lo creeríais? A menos, claro está, que sean originales del artista de moda. Porque entonces se les estudia y, a ser posible, se les fusila bonitamente de un año para otro. ¡Triste suerte la de los carteles de feria!

Entonces, me diréis, ¿no son meritorios los esfuerzos de la Comisión de Festejos en pró de esta manifestación del arte?

Si he de seros franco os diré que los creo altamente meritorios. Pero no excesivamente meritorios. Alientan y decubren vocaciones, lo que yá es un raro mérito; ponen a la vista las bellezas típicas de la capital—¿quién no conocerá en España la torre del Bujaco?—, cosa que no vale tanto; e incluso dan motivo a que la casa que los confecciona emplee sus obreros, durante unos días, en un trabajo artístico. Concedo mucho más: el artista ganador del premio quiere divertirse en la feria. ¿Hasta donde dará de sí esta diversión? Poca cosa, en verdad. Si van al circo todos los familiares o entran al bar un par de veces, termina con el premio por liquidación forzosa. ¿Que será si quiere comprar un palco para las corridas?

En suma: sugiero, para en adelante, la supresión de estos concursos y que se abra otro para premiar al valiente que proponga el medio mejor y más económico para anunciar eficazmente la feria: por la radio, la prensa, el cine, lo que sea.

Pero ¡nada de carteles murales!

El arte, aunque lo escribamos con minúscula, debe tenerse en más.

KRIT Y KOM.

## HEMOS VISTO.

Una copia del célebre cuadro «Noli me tangere», de Correggio. Es debida al pincel autódidacto de Luciano Cortés, que con la incontinencia e imprevisión del aficionado con amplio bagaje de entusiasmo, acomete de buena fe, pero con poco apresto, la transcripción de lienzos difíciles.

En el salón de sesiones del Ayuntamiento de Cáceres, ha expuesto Julio López, unos lienzos, presididos por una copia a gran tamaño de «La maja desnuda», como homenaje a Goya en su primer centenario. He aquí un artista que se ha hecho a sí propio—tardía afición malograda— que luce una fácil seguridad en la línea, de rara precisión, y una intuición especial, deslucidas por una técnica poco elaborada.

Fuerza potencial—no realidad cuajada a costa del aprendizaje disciplinador que enseña a conocer y manejar los secretos del «oficio» que ha de servir luego de instrumento a la inspiración—Julio López, da rienda suelta a su incontenible afición y pinta de todo: retratos, escenas paganas y religiosas...

Contemplando sus obras nos acongoja el dolor de que este «artesano» no haya podido llegar a ser «artista», y no por falta de cualidades, pero a su edad es probable que no retifique el camino ni se desprenda de los resabios facilones de un decorativismo halagador.

Si dijéramos que Julio López, es una auténtica capacidad, pero no madurada por falta de cultivo, creemos que acertaríamos de lleno, como condensación de nuestro parecer a través de la producción presentada.

En el propio salón de sesiones del mismo Ayuntamiento tuvo lugar la exposición de carteles anunciadores de la Feria Cacerense de Mayo, y es de destacar el alto nivel artístico alcanzando por los cartelistas, si bien lamentamos el poco acierto que presidió la discriminación de los premios, pues el cartel mejor logrado de todos, nos referimos al que tenía por lema «Muñeca», no mereció ni siquiera una cita elogiosa por parte del jurado calificador. Los artistas premiados fueron: primer premio, Sres. Nieto y Pulido; segundo premio, Eutimio Fernández, y tercer premio, Indalecio Hernández, y un accésit a Toribio López.

CURIO O'XILLO.

## VARIA

### NECROLÓGICA

## † Don Antonio Silva Núñez

El día 11 del pasado mes de Marzo dejó de existir, a consecuencia de una penosa enfermedad sobrellevada con cristiana resignación, nuestro buen amigo y querido colaborador el Catedrático de Física y Química de este Instituto Nacional de Segunda Enseñanza, don Antonio Silva. ¡Dios le tenga en su Santa Gloria!

Era don Antonio, que así le nombrábamos todos, un afectivo, un sabio y un gran maestro. Su sensible corazón, siempre alerta y dispuesto para lo bueno, tenía el culto amoroso de la nación hermana. Era portugués por los cuatro costados, dentro de un extremeñismo integral. Olivenza fué siempre su obsesión y su tarea. Y suponemos que el libro que escribía con tantos afanes y *saudades* sobre la historia de su ciudad natal debió quedarlo terminado y a punto de ir a las cajas de imprenta. Conocía yo su interesante peregrinación por bibliotecas y archivos en busca de datos y puedo asegurar que lo que su diligencia no haya encontrado debió estar excesivamente escondido. ¿Cuándo nos será dado saborear los frutos de esta delicada ofrenda de don Antonio, a la dulce Olivenza?

Como sabio puedo también decir de él que dominaba las difíciles técnicas del Análisis Químico. Sus cuidados trabajos y los informes que les seguían son testigos de nuestra afirmación. Pero donde don Antonio sobresalió fué enseñando. Su cátedra, por la que han pasado en Cáceres muchas generaciones estudiantiles, fué siempre un modelo de pedagogía: explicaciones amenas, detalladas y precisas; justicia noble y paternal cariño para con los alumnos; a los buenos los hacía mejores abriéndoles horizontes insospechados para ellos, a los demás sabía hacerlos estudiar y comprender lo estudiado. Un aprobado de don Antonio era una garantía.

Y para pagarle yo una deuda de gratitud, por un hecho que recordarán todos los que asistieron a su cátedra, me voy a permitir contarlo. Todos los años cuando llegaba en sus explicaciones de Física al estudio del péndulo y de la aceleración de la gravedad relataba en clase el experimento que en el Seminario Conciliar de Coria había sido llevado a cabo por don Saturnino Martín Moreno, Profesor de Física entonces y hoy Párroco del Casar de Cáceres con 86 años cumplidos, de la determinación de la intensidad de la gravedad, con medios humildes tal vez pero con resultado bastante exacto. Por cierto que ayudaron al profesor dos alumnos de gran valía: don Feliciano Rocha Pizarro, que murió recientemente ocupando la Sede de Plasencia, y el Rvdo. P. Gabino Márquez, de la Compañía de Jesús. Ambos extremeños, como su profesor, que es tío carnal del que escribe estas líneas. ¿Puede darse